



Creo en Dios Padre (II Semana – Cuaresma 2013)

El primer «artículo» del credo es el objeto de la fe del creyente. Este objeto es propuesto como una *buena noticia para el hombre*. Se le anuncia que ese Dios por el que no puede dejar de preguntarse, no sólo existe, sino que además y sobre todo se interesa por él. Es un Dios para el hombre. El hombre existe por Dios, como el niño existe por sus padres. No es un rival, como suspicazmente tiende a pensar nuestra cultura. Uno de los grandes resortes del ateísmo contemporáneo se inscribe en un esquema de rivalidad: «No hay lugar para dos. O Dios o el hombre. Si Dios existe, el hombre no es nada. Si Dios no existe, entonces soy libre. Si el hombre existe de verdad y libremente, entonces no hay lugar para Dios».

Muy al contrario, la fe cristiana nos presenta a un Dios «filántropo», es decir, a un Dios que ha creado al hombre por amor dentro de un designio muy concreto, «para tener a alguien a quien comunicar sus bienes» (Ireneo). Un Dios que ha creado al hombre para poder comunicarse personalmente con él. Porque desea «hacer alianza» y relacionarse con el hombre en una fidelidad que él mismo compara con un matrimonio por amor. Esta comunicación pasa por la palabra y la acción de Dios en la historia, fruto de su iniciativa. Nuestro credo se presenta como una respuesta a esta iniciativa.

La primera cuestión que nos plantearemos es la relativa a la imagen que nos hacemos de Dios y a la imagen que él nos revela de sí. *Dios se presenta a nosotros como un padre*, y no como el presidente de un tribunal, ni como un Dios vengativo, que no deja de prohibir y sancionar, en definitiva, como un Dios violento y que da miedo.

El mensaje cristiano sólo tendrá posibilidades de ser escuchado hoy si da testimonio del Dios bíblico y del Dios manifestado definitivamente en Jesucristo. Debemos ser conscientes también, que la revelación judeocristiana supone una revolución radical en la idea que los hombres tenían de Dios. El Dios cristiano es un «Dios diferente» (Ch. Duquoc). Para decirlo en pocas palabras, la diferencia radical entre la revelación judeocristiana y la imagen de Dios en otras religiones estriba en esto: Dios en ella se hace cercano al hombre; se vuelve hacia él con un amor providente; se compromete con él, arriesgándose; entra en nuestra historia. Este Dios no sólo responde a los deseos más profundos del hombre, sino que los sobrepasa infinitamente (cf Ef 3,20).

En el Nuevo Testamento, la imagen de la ternura de Dios por el hombre se expresará preferentemente por medio de la palabra «Padre».

Pero la imagen paterna de Dios ¿no es entre nosotros objeto de cierto rechazo? ¿No hay un gran peligro en querer atribuir a Dios el término Padre? Ciertamente se hace necesario, muchas veces, purificar las contraimágenes negativas, demasiado dolorosas que tenemos transmitidas incluso por nuestros propios padres.

En fin, ¿Cuál es el Dios de Jesús? ¿Qué nos dice Jesús de Dios, al que llama su Padre? Es fácil reconocer a lo largo de las páginas del Nuevo Testamento como «la palabra “Padre” o “el Padre” se convierte en la designación pura y simple de Dios» (W. Kasper). Esta palabra es sin duda el término fundamental de la revelación bíblica sobre Dios, a condición de no olvidar que Dios es también un “hermano” en la persona de Jesús, “primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29)